

## LOS AMORES DEL COMETA.

De oro, así es la cauda del cometa. Viene de las inmensas profundidades del espacio y ha dejado en las púas de cristal que tienen las estrellas, muchas de sus guedejas luminosas. Las coquetas quisieron atraparle; pero el cometa pasó impasible, sin volver los ojos, como Ulises por entre las sirenas. Venus le provocaba con su voluptuoso parpadeo de media noche, como si ya tuviera sueño y quisiera volver á casa acompañada. Pero el cometa vió el talón alado de Mercurio que sonreía mefistofélicamente, y pasó muy formal á la distancia respetable de veintisiete millones de leguas. Y allí le veis. Yo creo que en uno de sus viajes halló la estrella de nieve á donde nunca llega la mirada de Dios, y que llaman los místicos Infierno. Por eso trae erizos los cabellos. Ha visto muchas tierras, muchos cielos; sus aventuras amorosas hacen que las siete cabrillas se desternillen de risa, y, cuando imprima sus memorias, veréis cómo las comprarán los planetas para leerlas á escondidas, cuidando de que no caigan en poder de las estrellas doncellitas. Tiene mucha fortuna con las mujeres: ¡es de oro!

\*\*\*

No me había sido presentado. Yo, comunmente, no recibo á las cuatro y treinta y dos minutos de la madrugada; y ese gran noctámbulo deja sus sábanas azules muy temprano, para espiar la alcoba de la aurora por el ojo de la llave, luego que la divina rubia salta de su lecho con los brazos desnudos y el cabello suelto. Su pupila de oro espía por la cerradura del Oriente. Tal vez en ese instante la aurora baja las tres gradas de ópalo que tiene su lecho nupcial, y busca para cubrir sus plantas entumecidas, las pantuflas de myrthos que los ángeles forran por dentro con plumas blancas desprendidas de sus alas. Y él la mira; la circunda con el áureo fluido de sus ojos; la palpa con la vista; siente las blandas ondulaciones de su pecho; ve cómo entorna los párpados, descubriendo sus pupilas

color de *no me olvides*, y recibe en el rostro las primeras gotas de rocío que van cayendo de las trenzas rubias, cuando la diosa moja su cabeza en la gran palangana de brillantes, y alíña con el peine de marfil su cabellera descompuesta por la almohada. El cometa está enamorado. Por eso se levanta muy temprano.

\*\*\*

Cuando los diarios anunciaron su llegada, yo dudé de su existencia. Creí que era un pretexto del sol para obligarme á dejar el lecho en las primeras horas matinales. El padre de la luz está reñido conmigo porque no le hago versos y porque no me gusta su hija el alba.

La blancura irreprochable de esa mujer, me desespera; y desde que amo con toda el alma á una morena, odio á las rubias y sobre todo á las inglesas. La noche es morena..... ¡como tú! ¡Perdón! Debí haber dicho: ¡como usted!

Pero el cometa, á pesar de estas dudas, existía. Un sacerdote que va á decir su misa antes del alba, le había visto. No era, pues, un pretexto del hirviente sol para tenerme desvelado y vengarse de todos mis desvíos. Los panaderos le conocían y saludaban. El gran viajero del espacio estaba en México.

Los graves observadores de Chapultepec no han desplegado aún sus labios, y guardan una actitud prudente para no comprometerse. No saben todavía si ese cometa es de buena familia. Y tienen sobradísima razón. No hay que hacer amistades con un desconocido que, á juzgar por la traza, es un polaco aventurero. Sobre todo, no hay que fiarle dinero. ¿A qué ha venido?

La honradez del cometa es muy dudosa. Sale, á la madrugada, del caliente camarín en que duerme la aurora, y no contento aún con deshonorarla de este modo, espía por la cerradura de la llave hasta que acaba de lavarse. Yo no sé si la aurora es casada; pero séalo ó no, la hora á que el cometa sale de su casa, no habla muy alto en pro de su reputación.

El cometa no es caballero. Hace alarde de sus bellaquerías: sale con insolencia, afrentando á los astros pobres con el lujo opulento de su traje, y, sin respeto al pudor de las estrellas vírgenes, compromete la honrosa reputación de una señora. No tiene vergüenza. Cuando menos debía embozarse en una capa.

\*\*\*

Vanamente esperé que el gran desconocido apareciera en el cielo raso de mi alcoba. Para este excursionista, que no viene de Chicago, no hay hombres notables ni visitas de etiqueta. Tuve, pues,

que esperarle en pie y armado, como aguarda un celoso al amante de su mujer, para darle, al pasar, las buenas noches. Eran las cuatro y media de la madrugada. Las estrellas cuchichearon entre sí, detrás de los abanicos, y algo como un enorme chorro de champagne, arrojado por una fuente azul, se dibujó en Oriente. Era el cometa. La luna, esa gran bandeja de plata en donde pone el sol monedas de oro, se escondía, desvelada y pálida, en Oeste. Los luceros y yo teníamos frío.

\*\*\*

Mas si el cometa no presagia ahora el desarrollo de la epidemia, ni la contingencia de un conflicto internacional con Guatemala, sí puede chocar en el océano obscuro del espacio con esta cáscara de nuez en que viajamos. Tal conjetura no es absolutamente inadmisible. Hay 281 millones de probabilidades en contra de esa hipótesis; pero hay una á favor. Si el choque paralizara el movimiento de translación, todo lo que no está pegado á la superficie de la tierra, saldría de ella con una velocidad de siete leguas por segundo. El tenor Prats llegaría á la luna en cuatro minutos. Si el choque no hiciera más que detener el movimiento de rotación, los mares saldrían de madre descaradamente y cambiarían el Ecuador y los polos. ¡Qué admirable espectáculo! Los mares vaciándose, como platonos que se voltean, sobre la tierra! El astrónomo Wiston cree y sostiene que el diluvio fué ocasionado por el choque de un cometa: el que apareció nuevamente en 1680.

Podía también el bandolero del espacio envolvernos en su opulenta cola de tertulia. Los cometas debían usar vestido alto. Por desgracia sus grandes colas áureas, eterna desesperación de las actrices, tienen á las veces treinta y hasta ochenta millones de leguas. Si la extremidad de una de esas colas gigantescas penetrase en nuestra atmósfera, cargadas como están de hidrógeno y carbono, la vida sería imposible en el planeta. Sentiríamos primero una torpeza imponderable, como si acabáramos de almorzar en el restaurant de Recamier; y luego, gracias al decrecimiento del ázoe, un regocijo inmenso y una terrible excitación nerviosa, provocada por la rápida combustión de la sangre en los pulmones y por su rápida circulación en las arterias. Todos nos moriríamos riendo á carcajadas! Servín abrazaría á Joaquín Moreno, y García de la Cadena al General Aréchiga.

\*\*\*

Pero, ¿quién piensa en ese horrible fin del mundo, oh vida mía? El olor de las rosas dura poco y el champagne se evapora en impalpables átomos, si le dejamos, olvidadizos, en la copa. Nuestro

cariño vuela á donde van las notas que se pierden, gimiendo, en el espacio. Mañana, tú tendrás canas y yo arrugas. En tus rodillas saltarán contentos tus chicuelos. Descuida: tenemos tiempo para amarnos, porque el amor dura muy poco. Cierra de noche tus balcones para que no entre muy temprano la luz impertinente de la aurora, y procura que duerma tu previsión, para que no adivines los desengaños y las decepciones que nos trae el porvenir. El mundo está viejo, pero nosotros somos jóvenes. Cuando estés en un baile, no pienses nunca en la diana del alba ni en el frío de la salida, porque tus hombros desnudos se estremecerán, como sintiendo el áspero contacto de un cierzo de Diciembre, y sentirás subir á tu garganta el bostezo imprudente del fastidio. La esperma brilla, y hay mucha luz en los espejos, en los diamantes y en los ojos. La música retoza en el espacio, y el wals, como la ola azul de un río alemán, arrastra las parejas estrechamente unidas como los cuerpos de Paolo y de Francesca.

Las copas de Bohemia desbordan el vino que da calor al cuerpo, y la boca entreabierta de la mujer derrama esas palabras que dan calor al alma. El alba se espereza entretanto, y piensa en levantarse. No pensemos en ella. Afuera sopla un viento frío que rasga las desnudas carnes de esas pobres gentes que han pasado la noche mendigando y vuelven á sus casas sin un sólo mendrugo de pan negro.

No pienses, por Dios, en la capota de pesadas pieles que duerme, aguardándote, en el guardarropa, ni en los cerrados vidrios de tu coche. Fin del mundo y salida de un baile, todo es uno. Final de fiesta mezclado de silencio y de fatiga; hora en que se apagan los lustros y cada cual vuelve á su casa; aquéllos á dormir bajo las ropas acolchonadas de su lecho, y éstos á descansar entre los cuatro muros de la tumba. Las bujías pavesean, lamiendo las arandelas del enroscado candelabro; los pavos del *buffet* muestran sus roídas caparazones y sus vientres abiertos; los músicos, luchando á brazo partido con el sueño, como Jacob con el ángel, no encuentran aire en sus pulmones para arrojarlo por el agudo clarinete, ni vigor en sus flojas articulaciones para esgrimir el arco del violín; sobre la blanca lona que cubre las alfombras, hay muchas flores pisoteadas y muchas blondas hechas trizas; las mujeres se van poniendo ojeras, y el polvo de arroz cae, como el polen de una flor, de sus mejillas; los cocheros, inmóviles, duermen en el pescante, envueltos hasta la frente con sus carricks; este es el fin del baile, este es el fin del mundo. Pero—aguarda un momento—¡falta el cotillón!

Restons! L'etoile vagabonde,  
Dont les sages ont peur de loin,

Peut-être, en emportant le monde,  
Nous laissera dans notre coin!

\* \* \*

El cometa no viene á exterminarnos. Sigue agitando su cabellera merovingia ante la calva respetable de la Luna, y continúa sus aventuras donjuanescas. Tiende á Marte una estocada y se desliza como anguila por entre los anillos de Saturno. ¡Míralo! Sigue *la-gartijeando* en el espacio, bombardeado por las miradas incendiarias de la Osa. Reposo en la silla de Casiopea y se ocupa en bruñir el coruscante escudo de Sobieski. El Pavo real despliega el abanico de su cola para enamorarle, y el ave indiana va á pararse en su hombro. La Cruz austral le abre los brazos, y los Lebreles marchan obedientes á su lado. Allí está Orión que le saluda con los ojos, y el fatuo Arturo viéndose en el espejo de las aguas. Puede rizar la cabellera de Berenice, é ir, jinete en la Girafa, á atravesar el Triángulo boreal. El León se echa á sus pies y el Centauro le sigue á galope. Hércules le presenta su maza y Andrómeda le llama con ternura. La Vía Láctea tiende á sus pies una alfombra blanca, salpicada de relucientes lentejuelas, y el Pegaso se inclina para que lo monte.

Pero vosotros no lo poseereis ¡oh estrellas enamoradas! Ya sabe que otros de sus compañeros se han perdido por acercarse mucho á los planetas. Como los hombres cuando se enamoran, se han casado. Perdieron su independencia desde entonces, y hoy gravitan siguiendo una cerrada curva ó una elipse. Por eso huye y esquiva vuestras redes de oro: ¡es de la aurora! Miradle cómo espía á su rubia amada, por la brillante cerradura del Oriente. El cielo empieza á ruborizarse. ¡Ya es el día! Las estrellas se apagan en el cielo, y los ojos que yo amo se abren en la tierra!

## DESPUES DE LAS CARRERAS.

Quando Berta puso en el mármol de la mesa sus horquillas de plata y sus pendientes de rubíes, el reloj de bronce, superado por la imagen de Galatea dormida entre las rosas, dió con su agudo timbre doce campanadas. Berta dejó que sus trenzas de rubio veneciano le besaran, temblando, la cintura, y apagó con su aliento la bujía, para no verse desvestida en el espejo. Después, pisando con sus pies desnudos los «no-me-olvides» de la alfombra, se dirigió al angosto lecho de madera color de rosa, y tras una brevísima oración, se recostó sobre las blancas colchas que olían á Holanda nueva y á violeta. En la caliente alcoba se escuchaban, nada más, los pasos sigilosos de los duendes que querían ver á Berta adormecida y el *tic-tac* de la péndola incansable, enamorada eternamente de las horas. Berta cerró los ojos, pero no dormía. Por su imaginación cruzaban á escape los caballos del Hipódromo. ¡Qué hermosa es la vida! Una casa cubierta de tapices y rodeada por un cinturón de camelias blancas en los corredores; abajo, los coches cuyo barniz luciente hiere el sol, y cuyo interior, acolchonado y tibio, trasciende á piel de Rusia y cabritilla; los caballos que piafan en las amplias caballerizas, y las hermosas hojas de los plátanos, erguidas en tiberes japoneses; arriba, un cielo azul, de raso nuevo; mucha luz, y las notas de los pájaros subiendo, como almas de cristal, por el ámbar fluido de la atmósfera; adentro, el padre de cabello blanco que no encuentra jamás bastantes perlas ni bastantes blondas para el armario de su hija; la madre que vela á su cabecera, cuando enferma, y que quisiera rodearla de algodones como si fuese de porcelana quebradiza; los niños que travesean desnudos en su cuna, y el espejo claro que sonrío sobre el mármol del tocador. Afuera, en la calle, el movimiento de la vida, el ir y venir de los carruajes, el bullicio; y por la noche, cuando termina el baile ó el teatro, la figura del pobre enamorado que la aguarda y que se aleja satisfecho cuando la ha visto apear de su coche ó cerrar los maderos del

balcón. Mucha luz, muchas flores y un traje de seda nuevo: ¡esa es la vida!

\* \* \*

Berta piensa en las carreras. «Caracole» debía ganar. En Chantilly, no hace mucho, ganó un premio. Pablo Escandón no hubiera dado once mil pesos por una yegua y un caballo malos. Además, quien hizo en París la compra de esa yegua, fué Manuel Villamil, el mexicano más perito en estas cosas de *sport*. Berta va á hacer el próximo domingo una apuesta formal con su papá: apuesta á *Aigle*; si pierde, tendrá que bordar unas pantuflas; y si gana, le comprarán el espejo que tiene Madame Drouot en su aparador. El marco está forrado de terciopelo azul y recortando la luna oblicuamente, bajo una guirnalda de flores. ¡Qué bonito es! Su cara reflejada en ese espejo, parecerá la de una hurí, que, entreabriendo las rosas del paraíso, mira el mundo!

Berta entorna los ojos, pero vuelve á cerrarlos en seguida, porque está la alcoba á oscuras.

Los duendes, que ansían verla dormida para besarla en la boca, sin que lo sienta, comienzan á rodearla de adormideras y á quemar en pequeñas cazoletas granos de opio. Las imágenes se van esfumando y desvaneciendo en la imaginación de Berta. Sus pensamientos pavesean. Ya no ve el Hipódromo bañado por la resplandiente luz del sol, ni ve á los jueces encaramados en su pretorio, ni oye el chasquido de los látigos. Dos figuras quedan solamente en el cristal de su memoria empañada por el aliento de los sueños: «Caracole» y su novio.

Ya todo yace en el reposo inerme;  
El lirio azul dormita en la ventana;  
¿Oyes? desde su torre la campana  
La media noche anuncia; duerme, duerme.

\* \* \*

El genio retozón que abrió para mí la alcoba de Berta, como se abre una caja de golosinas el día de Año Nuevo, puso un dedo en mis labios, y tomándome de la mano, me condujo á través de los salones. Yo temía tropezar con algún mueble, despertando á la servidumbre y á los dueños. Pasé, pues, con cautela, conteniendo el aliento y casi deslizándome sobre la alfombra. A poco andar dí contra el piano, que se quejó en sí bemol; pero mi acompañante sopló, como si hubiera de apagar la luz de una bujía, y las notas cayeron mudas sobre la alfombra: el aliento del genio había roto

esas pompas de jabón. En esta guisa atravesamos varias salas; el comedor de cuyos muros, revestidos de nogal, salían gruesos candelabros con las velas de esperma apagadas; los corredores, llenos de tiestos y de afiligranadas pajareras; un pasadizo estrecho y largo, como un cañuto, que llevaba á las habitaciones de la servidumbre; el retorcido caracol por donde se subía á las azoteas, y un laberinto de pequeños cuartos, llenos de muebles y de trastos inservibles. Por fin, llegamos á una puertecita por cuya cerradura se filtraba un rayo de luz tenue. La puerta estaba atrancada por dentro, pero nada resiste al dedo de los genios, y mi acompañante, entrándose por el ojo de la llave, quitó el morillo que atrancaba la mampara. Entramos: allí estaba Manón, la costurera. Un libro abierto extendía sus blancas páginas en el suelo, cubierto apenas con esteras rotas, y la vela moría lamiendo con su lengua de salamandra los bordes del candelero. Manón leía seguramente cuando el sueño la sorprendió. Decíalo esa imprudente luz que habría podido causar un incendio, ese volumen maltratado que yacía junto al catre de fierro, y ese brazo desnudo que con el frío impudor del mármol, pendía, saliendo fuera del colchón y por entre las ropas descompuestas. Manón es bella, como un lirio enfermo. Tiene veinte años, y quisiera leer la vida, como quería de niña hojear el tomo de grabados que su padre guardaba en el estante, con llave, de la biblioteca. Pero Manón es huérfana y es pobre: ya no verá, como antes, á su alrededor, obedientes camareras y sumisos domésticos; la han dejado sola, pobre y enferma en medio de la vida. De aquella vida anterior que en ocasiones se le antoja un sueño, nada más le queda un cutis que trasciende aún á almendra, y un cabello que todavía no vuelven áspero el hambre, la miseria y el trabajo. Sus pensamientos son como esos rapazuelos encantados que figuran en los cuentos: andan de día con la planta descalza y en camisa; pero dejad que la noche llegue, y mirareis cómo esos pobrecitos limosneros visten jubones de crujiente seda y se adornan con plumas de faisanes.

Aquella tarde, Manón había asistido á las carreras. En la casa de Berta todos la quieren y la miman, como se quiere y mima á un falderillo, vistiéndole de lana en el invierno y dándole en la boca mamones empapados en leche. Hay cariños que apedrean. Todos sabían la condición que había tenido en antes esa humilde costurera, y la trataban con mayor regalo. Berta le daba sus vestidos viejos, y solía llevarla consigo, cuando iba de paseo ó á tiendas. La huérfana recibía esas muestras de cariño, como recibe el pobre que mendiga, la moneda que una mano piadosa le arroja desde un balcón. A veces esas monedas descalabran.

Aquella tarde, Manón había asistido á las carreras. La dejaron adentro del carruaje, porque no sienta bien á una familia aristocrá-

tica andarse de paseo con las criadas; la dejaron allí, por si el vestido de la niña se desgarraba ó si las cintas de su «capota» se rompían. Manón, pegada á los cristales del carruaje, espiaba por allí la pista y las tribunas, tal como ve una pobrecita enferma, á través de los vidrios del balcón, la vida y movimiento de los transeuntes. Los caballos cruzaban como exhalaciones por la árida pista, tendiendo al aire sus crines erizadas. ¡Los caballos! Ella también había conocido ese placer, mitad espiritual y mitad físico, que se experimenta al atravesar á galope una avenida enarenada. La sangre corre más aprisa, y el aire azota como si estuviera enojado. El cuerpo siente la juventud, y el alma cree que ha recobrado sus alas.

Y las tribunas, entrevistas desde lejos, le parecían enormes ramilletes hechos de hojas de raso y claveles de carne. La seda acaricia como la mano de un amante, y ella tenía un deseo infinito de volver á sentir ese contacto. Cuando anda la mujer, su falda va cantando un himno en loor suyo. ¿Cuándo podría escuchar esas estrofas? Y veía sus manos, y la extremidad de los dedos maltratada por la aguja, y se fijaba tercamente en ese cuadro de esplendores y de fiestas, como en la noche de San Silvestre ven los niños pobres esos pasteles, esas golosinas, esas pirámides de caramelo que no gustarán ellos y que adornan los escaparates de las dulcerías. ¿Por qué estaba ella desterrada de ese paraíso? Su espejo le decía: «eres hermosa y eres joven» ¿Por qué padecía tanto? Luego, una voz secreta se levantaba en su interior diciendo: «No envidies esas cosas. La seda se desgarrará, el terciopelo se chafa, la epidermis se arruga con los años. Bajo la azul superficie de ese lago hay mucho lolo. Todas las cosas tienen su lado luminoso y su lado sombrío. ¿Recuerdas á tu amiga Rosa Thé? Pues vive en ese cielo de teatro, tan lleno de talco, y de oropeles, y de lienzos pintados. Y el marido que escogió, la engaña y huye de su lado para correr en pos de mujeres que valen menos que ella. Hay mortajas de seda y ataúdes de palo santo, pero en todos hormiguean y muerden los gusanos.»

Manón, sin embargo, anhelaba esos triunfos y esas galas. Por eso dormía soñando con regocijos y con fiestas. Un galán, parecido á los errantes caballeros que figuran en las leyendas alemanas, se detenía bajo sus ventanas, y trepando por una escala de seda azul llegaba hasta ella, la ceñía fuertemente con sus brazos y bajaban después, cimbrándose en el aire, hasta la sombra del olivar tendido abajo. Allí esperaba un caballo tan ágil, tan nervioso como «Caracole». Y el caballero, llevándola en brazos, como se lleva á un niño dormido, montaba en el brioso potro que corría á todo escape por el bosque. Los mastines del caserío ladraban y hasta abríanse las ventanas, y en ellas aparecían rostros medrosos; los árboles corrían, corrían en dirección contraria, como un ejército en derrota, y el ca-

ballero la apretaba contra el pecho, rizando con su aliento abrasador los delgados cabellos de su nuca.

En ese instante el alba salía fresca y perfumada, de su tina de mármol, llena de rocío. No entres—¡oh fría luz!—no entres á la alcoba en donde Manón sueña con el amor y la riqueza! Deja que duerma, con su brazo blanco pendiente fuera del colchón, como una virgen que se ha embriagado con el agua de las rosas. Deja que las estrellas bajen del cielo azul, y que se prendan en sus orejas diminutas de porcelana trasparente!

UNIVERSIDAD DE Toluca  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1975 MONTREUX, SUIZA

31340

## LA HIJA DEL AIRE.

Pocas veces concurre al Circo. Todo espectáculo en que miro la abyección humana, ya sea moral ó física, me repugna grandemente. Algunas noches hace, sin embargo, entré en la tienda alzada en la plazoleta del Seminario. Un saltimbanco se dislocaba haciendo contorsiones grotescas, explotando su fealdad, su desvergüenza y su idiotismo, como esos limosneros que, para estimular la esperada largueza de los transuentes, enseñan sus llagas y explotan su podredumbre. Una mujer —casi desnuda— se retorció como una víbora en el aire. Tres ó cuatro gimnastas de hercúlea musculación se arrojaban grandes pesos, bolas de bronce y barras de hierro. ¡Cuánta degradación! ¡Cuánta miseria! Aquellos hombres habían renunciado á lo más noble que nos ha otorgado Dios: al pensamiento. Con la sonrisa del cretino ven al público que patatea, que aúlla y que les estimula con sus voces. Son su bestia, su cosa. Alguna noche, en medio de ese redondel enarenado, á la luz de las lámparas de gas y entre los sonos de una mala murga, caerán desde el trapecio vacilante, oirán el grito de terror supremo que lanzan los espectadores en el paroxismo del deleite, y morirán bañados en su propia sangre, sin lágrimas, sin piedad, sin oraciones!

\* \*\*

Pero lo que subleva más mis sentimientos, es la indigna explotación de los niños. Pocas noches hace, cayó una niña del caballo que montaba y estuvo á punto de ser horriblemente pisoteada. ¿Recordais á la pobrecita hija del aire, que vino al mismo circo un año hace? Todavía me parece estarla viendo: el payaso se revuelca en la arena, diciendo insulsas gracejadas; de improviso miro subir por el volante cable, que termina en la barra del trapecio á un sér débil, pequeño y enfermizo. Es una niña. Sus delgados bracitos van tal vez á quebrarse; su cuello va á troncharse y la cabeza rubia caerá al suelo, como un lirio, cuyo delgado tallo tronchó el viento. ¿Cuántos años tiene? ¡Ay! es casi imposible leer la cifra del tiempo

en esa frente pálida, en esos ojos mortecinos, en ese cuerpo adrede deformado! Parece que esos niños nacen viejos.

Ya se encarama á los barrotes del trapecio, ya comienza el suplicio. Aquel cuerpo pequeño se descoyunta y se retuerce; gira como rehilete, se cuelga de la delgada punta de los pies, y, por un milagro de equilibrio, se sostiene en el aire, detenido por los talones diminutos que se pegan á la barra movediza. A ratos, sólo alcanzo á ver una flotante cabellera rubia, suelta como la de Ofelia, que da vueltas y vueltas en el aire. Diríase que la sangre huye espantada de ese frágil cuerpo, que tiene la blancura de los asfixiados y se refugia únicamente en la cabeza. El público aplaude..... Ninguna mujer llora. ¡He visto llorar á tantas por la muerte de un canario!

\* \*\*

Cuando acaba el suplicio, la niña baja del trapecio, y, con sus retratos en la mano, comienza á recorrer los palcos y las gradas. Pide una limosna. Pasa cerca de mí: yo la detengo.

—¿Estás enferma?

—No, pero me duele mucho .....

—¿Qué te duele?

—Todo.

La luz de sus pupilas arde tenuemente como la luz de una luciérnaga moribunda. Sus delgados labios se abren para dar paso á un quejido, que ya no tiene fuerzas de salir. Sus bracitos están flacos pálidos, exangües. Es la hija del dolor y de la tristeza. Así, tan pálida y tan triste era la niña que miré agonizar, y cuya imagen quedó grabada para siempre en mi memoria. La infancia no tiene para ella tintes sonrosados, ni juegos, ni caricias, ni alegrías. No: no es el alma que viene, es el alma que se va.

\* \*\*

Dí pobre niña, ¿qué no tienes madre? ¿Naciste acaso de una pasionaria ó viniste á la tierra en un pálido rayo de la luna? Si tuvieras madre, si te hubieran arrebatado de sus brazos, ella, con esa adivinación incomparable que el amor nos da, sabría que aquí llorabas y sufrías; traspasando los mares, las montañas, vendría como una loca á libertarte de esta esclavitud, de este suplicio! No, no hay madres malas, es mentira. La madre es la proyección de Dios sobre la tierra. Tú eres huérfana.

¿Por qué no moriste al punto de nacer? ¿Por qué recorres con los pies desnudos ese duro país del sufrimiento? Dí, pobre niña: ¿qué, tú no tienes ángel de la guarda? Estás muy triste: nadie en-

dulza tu tristeza. Estás enferma: nadie te cura ni te acaricia blandamente. ¡Ah! cómo envidiarás á esas niñas felices y dichosas que te vienen á ver, al lado de sus padres! Ellas no han sentido cómo la recia mano de un gimnasta desalmado quiebra los huesos, rompe los tendones y disloca las piernas y los brazos, hasta convertirlos en morillos elásticos de trapo! Ellas no han sentido cómo se encaja en la carne viva el látigo del adiestrador que te castiga. Para ellas no hay trabajo duro; no hay vueltas ni equilibrios en la barra fija. ¡Tienen madre!

Dí, pobre niña: ¿Por qué no te desprendes del trapecio para morir siquiera y descansar? Tú, enferma, blanca, triste, paseas lánguidamente tu mirada. ¡Cómo debes odiarnos, pobre niña! Los hombres—pensarás—son monstruos sin piedad, sin corazón. ¿Por qué permiten este cruentísimo suplicio? ¿Por qué no me recogen y me dan, ya que soy huérfana, esa madre divina que se llama la santa Caridad? ¿Por qué pagan á mis verdugos y entretienen sus ocios con mis penas? ¡Ay, pobre niña! tú no podrás quejarte nunca á nadie. Como no tienes madre en la tierra, no conoces á Dios y no le amas. Te llaman hija del aire; si lo fueras, tendrías alas; y si tuvieras alas, volarías al cielo!

\*\*\*

¡Pobre hija del aire! Tal vez duerme ahora en la fosa común del camposanto! La niña mártir de la temporada no trabaja en el trapecio sino á caballo. Todo es uno y lo mismo.

Oigo decir con insistencia que es preciso ya organizar una sociedad protectora de los animales. ¿Quién protegerá á los hombres? Yo admiro esa piedad suprema que se extiende hasta el mulo que va agobiado por el peso de su carga, y el ave cuyo vuelo corta el plomo de los cazadores. Esa gran redención que libra á todos los esclavos y emprende una cruzada contra la barbarie, es digna de aprobación y de encarecimiento. Mas ¿quién libertará á esos pobres séres que los padres corrompen y prostituyen, á esos niños mártires cuya existencia es un larguísimo suplicio, á esos desventurados que recorren los tres grandes infiernos de la vida:—la Enfermedad, el Hambre y el Vicio?

## TRAGEDIAS DE ACTUALIDAD.

### EL ALQUILER DE UNA CASA.

#### Personajes.

*El propietario:* hombre gordo, de buen color, bajo de cuerpo, y algo retozón de carácter.

*El inquilino:* joven, flaco, muy capaz de hacer versos.

*La señora:* matrona en buenas carnes, aunque un poquito triquinosa.

Siete ú ocho niños, personajes mudos.

#### ACTO ÚNICO.

*El propietario.*—¿Es vd., caballero, quien desea arrendar el piso alto de la casa?

*El aspirante á locatario.*—Un servidor de vd.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Paucracia! ¡Niños! Aquí esta ya el señor que va á tomar la casa. (*La familia se agrupa en torno del extranjero y lo examina, dando señales de curiosidad, mezclada con una brizna de conmiseración*). Ahora, hijos míos, ya le habeis visto bien; dejadme, pues, interrogarle á solas.

—¿Interrogarme?

—Decid al portero que cierre bien la puerta y que no deje entrar á nadie. Caballero, tome vd. asiento.

—Yo no quisiera molestar.....si esta vd. ocupado.....

—De ninguna manera, de ninguna manera; tome vd. asiento.

—Puedo volver .....

—De ningun modo. Es cuestión de brevísimos momentos (*mírandole*). La cara no es tan mala.....buenos ojos, voz bien timbrada.....

—Me había dicho el portero .....

—¡Perdón! ¡perdón! ¡vamos por partes! ¿Cómo se llama vd.?

- Carlos Saldaña.  
 —¿De Saldaña?  
 —No, no señor. Saldaña á secas.  
 —¡Malo, malo! el *de* habría dado alguna distinción al apellido. Si arrienda vd. mi casa, es necesario que agregue esa partícula á su nombre.  
 —¡Pero señor!  
 —Nada, nada: eso se hace todos los días y en todas partes; vd. no querrá negarme ese servicio. Eso da crédito á una casa..... Continuemos.  
 —Tengo treinta años, soy soltero.  
 —¿Soltero?..... ¿Todo lo que se llama soltero? Yo no soy rigo-rista ni maniaco; recuerdo aún mis mocedades; no me disgustaría encontrar lindos palmitos en la escalera; el ruido de la seda me trae á la memoria días mejores..... pero, ¡salvemos las conveniencias sobre todo!  
 —Pero, señor mío.....  
 —Sí, sé lo que va vd. á contestarme: que ésto no me atañe, que nadie me da vela en ese entierro; pero, mire vd. por ejemplo, me disgustaría espantosamente que la novia de vd. fuera morena.....  
 —Repito que.....  
 —Estése vd. tranquilo, será una debilidad, yo lo confieso, pero á mí me revientan las morenas! No puedo soportarlas. Dejemos, pues, sentado que, si la casa le conviene, se obligará vd. por escrito á que todas sus amigas sean muy rubias. ¿Tiene vd. profesión?  
 —Ninguna.  
 —Lo celebro. Es la mejor garantía de que los inquilinos no harán ruido.  
 —Me dedico á cuidar mis intereses.....  
 —Perfectamente, ya hablaremos de eso: le voy á presentar con mi abogado.  
 —Gracias. Tengo el mío.  
 —No importa, cambiará vd. en cuanto se mude á casa. Yo he prometido solemnemente á mi abogado darle la clientela de mis inquilinos. Y, ¿qué tal de salud?  
 —Yo, bien, ¿y vd?  
 —No, no digo eso: lo que pregunto es cuál es su temperamento. ¿Es vd. linfático, sanguíneo, nervioso?  
 —Linfático..... me parece que linfático.  
 —¡Pues desnúdese vd!  
 —¿Qué.....?  
 —Por un instante. Es una formalidad indispensable. No quiero que mis inquilinos sean enfermos.  
 —Pero.....

- ¡Vamos! La otra manga. ¡Malo! ¡malo! No parecía vd. tan flaco. ¿Sabe vd. cuánto pesa?  
 —No.  
 —El cuello es corto..... ¡Dios mío! esas venas: ¡mucho cuidado con la apoplejía!  
 —¿No acabaremos?  
 —Será preciso que vd. se comprometa formalmente á tomar una purga al principio de cada estación. Yo indicaré á vd. la botica en que debe comprarla.  
 —¿Puedo ponerme la levita?  
 —Espere vd. un momento. ¿No hace vd. ejercicio?  
 —Doy once vueltas á la Alameda por las tardes.  
 —Eso es poco. De hoy en adelante vivirá vd. en el campo tres meses cada año. Eso conviene para la buena ventilación de las viviendas y para que se conserve en buen estado la escalera. Nosotros siempre viajamos en Otoño.  
 —Con que habíamos dicho que treinta y cinco pesos.....  
 —¿Qué?  
 —Confieso á vd. que la renta me parece un poquito exagerada....  
 —Pero, hombre, ¡qué renta, ni qué ocho cuartos! ¡Todo se andará! vamos por partes!  
 —Pero.....  
 —¿Si pensará vd. que alquilarme una casa es lo mismo que comprarse un pantalón? Pasa vd. por la calle, mira vd. la cédula, sube, se sienta junto á mí, y apenas han pasado tres minutos cuando me pide ya las llaves. ¡Me gusta la franqueza! ¿Por qué no me pide vd. mi bata y mis pantuflas?  
 —Yo ignoraba.....  
 —Se tratan por lo común estos asuntos con una ligereza imperdonable.  
 —Volviendo, pues, á nuestro asunto, diré á vd. que no subiré ni un real de treinta pesos.  
 —¡Caballero, ni una palabra más, ó envió á vd. mis padrinos! ¡Pues no faltaba más! ¿Conoce vd. acaso las condiciones del arrendamiento?  
 —No, pero yo estoy pronto á subscribirlas siempre que sean justas y racionales.  
 —Oiga vd:  
 «Art. 1º El inquilino se acostará y levantará á la misma hora que su propietario, para no turbar el reposo de este último que ocupa precisamente el entresuelo.  
 «Art. 2º El inquilino vestirá invariablemente trajes claros para no contristar el ánimo del propietario, si por una casualidad lo encuentra en la escalera.  
 «Art. 3º El inquilino se asomará al balcón dos veces cuando



menos, en el día, frotándose las manos satisfecho, con el fin de acreditar el buen orden y excelente servicio de la casa.»

—¿Y cuándo llueva?

—Se asomará con un paraguas..... Continúo: «El inquilino no entrará nunca en la casa sin fijarse con cierta complacencia en los detalles de la arquitectura, ni tendrá embarazo alguno en hacer patente de viva voz, el entusiasmo que le produce la fachada. Mientras más gente reuna será mejor.

Art. 4.º El inquilino invitará á comer al dueño todos los días 15, cuidando, por supuesto, de no llevarlo á ningún figón ó fonda de segunda clase.

«Aumento al art. 4.º Estas comidas mensuales tienen por objeto el estrechar las amistades entre inquilino y propietario. No está prohibido al inquilino el ir acompañado de su novia.»

«Art. 5.º El inquilino saludará muy cortesmente á su portero, que es primo, por afinidad, del propietario.

«Art. 6.º Los artistas y los literatos que vengan á visitar al inquilino, subirán por la escalera de la servidumbre.»

—¿Ya no hay más, señor?

—Quedan algunos artículos suplementarios que haré conocer á vd. en su debido tiempo.

—Pues bien, todo es muy justo y muy sensato.....

—Se me olvidaba..... ¿No es vd. masón?

—No.

—Pues lo siento. Mi mujer tiene vivísimos deseos de conocer esos secretos.

—Si Vd. quiere, haré que me presenten en alguna logia.

—Lo estimaré muchísimo.

—Conque quedamos en que treinta pesos.....

—Dispense Vd.....

—¿Todavía más?

—Había olvidado preguntarle, ¿por qué dejó su antiguo domicilio?

—¡Yo, por nada! Porque arrojé por el balcón al propietario.

## LOS SUICIDIOS.

Leía hace pocas noches, en la gacetilla arlequinesca de un periódico, la noticia de un suicidio recientemente acaecido. El párrafo en que se da cuenta del suceso desgraciado, mueve con descaro las campanillas agudas del bufón; refiere aquel suicidio con la pluma coqueta y juguetona que se empleó poco antes en referir una cena escandalosa ó una aventura galante de la corte; habla de la muerte con el mismo donaire que usaría para describir, en la crónica de un baile, el traje blanco de la señora de X. Trátase de un joven que en el primer día de camino, se postra de fatiga y arroja con desdén el nudoso bordón que le ha servido; de una madre que llora sin consuelo, mirando vacío en el hogar el hueco, aún tibio, que ocupaba su hijo; y todo esto se refiere sencilla y alegremente, con la sonrisa en los labios, saboreando el delgado cigarrillo que se ha encendido para salir del teatro. Esta nerviosa carcajada, que no es la de Lucrecio al mofarse con ira de sus antiguos dioses; que no es la de Lord Byron al sentir rodeado su espíritu por los anillos recios de las víboras que devoraban el cuerpo de Laoconte; que no es la de Gilbert al acercarse, circuido de rosas, á la tumba; que no puede compararse á nada de ésto, porque no la engendran ni el dolor, ni la duda, ni el escepticismo, me parecía la risotada de un imbécil ante la fosa llena de cadáveres. Y apartando de mi vista la hoja impresa, recordé con repugnancia el *Decamerón* de Bocaccio, apareciendo en los días de la peste de Florencia.

La epidemia que ahora nos devora es más terrible aún que la que diezaba á los infelices florentinos, cuando se publicó el desvergonzado libro de Bocaccio. El suicidio ya no es un hecho aislado: es una peste. No sé qué extraña concatenación, qué misteriosa complicidad liga estos crímenes; pero no vienen solos, el uno sigue al otro, se dan alcance, como si el suicidio fuera una enfermedad contagiosa, á modo de la fiebre. Precisa averiguar cuál es el Gániges que produce estos miasmas ponzoñosos. En el monólogo de *Hamlet*, que es un precioso dato sobre la idea del suicidio en el si-